

# Reflexiones tras cuatro décadas de democracia en la Argentina

## Entrevista a Liliana De Riz<sup>1</sup>

HUGO QUIROGA

Director de la Revista *Estudios Sociales*.

Entrevista realizada en mayo de 2023.

### ESTUDIOS SOCIALES

[Número especial • 2023]  
Voces plurales para pensar la  
democracia argentina (1983–2023)

Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral  
Universidad Nacional del Litoral, Argentina

ISSNe: 2250-6950

estudiossociales@unl.edu.ar

DOI: 10.14409/es.2023.64.e0070

Esta obra está bajo una Licencia Creative  
Commons Atribución- NoComercial-  
CompartirIgual 4.0 Internacional.



**Pregunta: Hugo Quiroga, Estudios Sociales (ES):** Podemos comenzar con un marco más general. Buena parte de la literatura politológica y sociológica entiende que el sistema de representación electoral resulta insuficiente para contener la complejidad de la actual sociedad democrática, en la que la esfera política digital tiene un gran protagonismo, y esa literatura hace referencia a una futura democracia poselectoral o posrepresentativa. La crisis de representación es manifiesta. La pregunta es: ¿ocaso o reinención de la representación? ¿Cuál podría ser el futuro de la democracia representativa?

**Respuesta Liliana De Riz (LDR):** El contexto internacional muestra a la democracia en declinación. Como lo confirman los datos recientes de Freedom House, avanzan los autoritarismos, crecen las coaliciones en respuesta a la fragmentación partidaria y continúa la tendencia a la desintegración de los partidos tradicionales. Hoy, la democracia está amenazada y lo que está en juego es el destino de la libertad.

1\ Liliana De Riz. Doctora en Sociología por l'École Pratique des Hautes Études, París. Investigadora Superior del CONICET y Miembro de Número de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

La crisis de representación tiene larga historia en las democracias occidentales. Transitamos de la era industrial a la digital y las transformaciones en la tecnología de la comunicación, combinadas con las transformaciones que trajo aparejada la tercera revolución industrial, modificaron las bases en las que surgiera la democracia, una criatura de la revolución industrial. La democracia surgió en el marco de Estados nacionales y de una sociedad industrial que perfiló con claridad a los representados. Ese mundo ya no existe. El peso de los actores extra estatales redujo los márgenes de acción de los Estados nacionales. Los cambios económicos y políticos transformaron a los representados en un electorado fragmentado, monotemático y voluble que toma partido, pero no suele pertenecer a un partido y que reclama derechos en las redes. Los ciudadanos no quieren ser representados, creen que los temas políticos más importantes deberían ser decididos directamente por la gente a través de referéndums y no por los funcionarios electos como lo registran las encuestas (Ipsos Global, vDem).

Tenemos partidos políticos debilitados y tenemos «ligas», como las denominó Ostrogorski, pionero en advertir las transformaciones de la política en los albores del siglo xx en su libro *Democracia y Partidos Políticos*, publicado antes que Robert Mitchell publicara su ley de hierro de la oligarquía. Las ligas son agregaciones del electorado por afinidad temática que funcionan como un signo de identidad y se multiplican en las redes.

A la debilidad de los partidos se suman las ambiciones de liderazgos que no se someten a la disciplina de un régimen constitucional pluralista. El trumpismo tiene sus réplicas por doquier y en América Latina preciso es recordar que Bukele, en El Salvador, precedió a Trump en el asalto al Congreso y que Bolsonaro suele ser definido como el «Trump de los trópicos» y que ambos impulsan el descreimiento en el acto electoral que derrumba todo el edificio del sistema político representativo y de la alternancia. La polarización política y social se ha instalado en la democracia americana, «el centro se ha ido de Europa», en palabras de Adam Przeworski. En Italia y en Suecia triunfa la ultraderecha, en España crece Vox. En América Latina también el centro está debilitado. La consolidación de la democracia liberal parecía un destino inexorable tras la caída del muro y la implosión de la Unión Soviética. Ya no es así. Sin embargo, los fundamentos de un régimen democrático son la respuesta a dilemas que permanecen: cómo resolver la alternancia sin derramar sangre, cómo controlar el ejercicio del poder, cómo dar la voz al pueblo. Los partidos convertidos en maquinarias electorales siguen siendo piezas clave, al menos como decía Ralhp Dahrendorf, son taxis para conducir al poder. La comprensión de las causas de la erosión de las democracias es un imperativo de este tiempo para encontrar el lenguaje de la política con el que renovar la esperanza y la tolerancia.

**ES:** *En estos 40 años de democracia argentina ininterrumpida, ¿podría identificar los ciclos o momentos de ilusión y decepción de la sociedad, así como sus razones?*

**LDR:** Mi generación vivió con inmenso entusiasmo la llegada de la democracia. Quedaba atrás el horror de una dictadura feroz y venal. Libertad, pluralismo y defensa de los

derechos humanos, eran valores que estábamos convencidos llegaban para quedarse. En la década del 80 predominaba una visión optimista de progreso en paz y libertad. La tercera ola democrática se expandía en la región y la Argentina de los pañuelos blancos que juzgaba a la Junta Militar era un modelo a seguir.

La crisis de la deuda en medio de las asonadas militares y los paros sindicales; la hiperinflación y la, finalmente, renuncia anticipada de Alfonsín, cimentaron el desencanto. Raúl Alfonsín, depositario de las esperanzas, fue el blanco de las críticas por las promesas incumplidas de la democracia.

Menem emprendió una ambiciosa reforma de la economía que dejó en la intemperie a muchos y fracasó en el intento. Fue una oportunidad para pocos, coronada por los escándalos de la corrupción. Sin embargo, la estabilidad monetaria creó la ilusión de un país moderno que entraba al Primer Mundo de la mano del caudillo riojano que prometía viajar a Japón en una hora. Muchos accedieron a bienes hasta entonces prohibitivos para sus ingresos —desde un teléfono hasta los viajes al mundo—. Hubo una suerte de revolución de los hábitos de consumo en simultáneo con el empobrecimiento de muchos. Cuando la economía mostró su impotencia para sostener la ilusión de un primer mundo y los escándalos de corrupción ocuparon el centro de la escena, otro desencanto llevó a buscar en la Alianza una alternativa de país más justo para todos, con pan, paz y trabajo. El breve interregno de la Alianza culminó en una crisis económica y social que fue también una crisis del Estado. Sin embargo, la rabia que explotó en las calles al grito de «que se vayan todos» no impidió una transición ordenada hacia un nuevo gobierno. El peronismo volvió a renovar las esperanzas de la mayoría de los argentinos.

A partir de entonces, la reconstrucción de la economía y la empresa de reparación social fueron de la mano del viento de cola que llegaba del mundo y de una gestión que hizo de los recursos públicos un botín propio, dedicado a asegurar un presente feliz a la mayoría de los argentinos, pero sin otros resguardos para tiempos difíciles que no fueran los patrimonios personales de quienes mandaron: el matrimonio Kirchner. Cambiemos renovó esperanzas en un vasto sector de la sociedad y, por primera vez en la democracia recuperada, triunfó en las elecciones intermedias. Sin embargo, fracasó en su intento de romper el círculo del atraso y sentar las bases de un nuevo patrón productivo. El regreso del kirchnerismo, disfrazado de moderado en la persona del presidente electo por la vicepresidente, convocó a muchos convencidos —como en el poema de Kavafis— que al final los bárbaros eran una solución. Cada vez más pesimistas, en una economía que no crece hace más de una década, con una inflación altísima y con casi la mitad de la población en la pobreza, los ciudadanos oscilan entre la bronca y la resignación, sin que se renueven las esperanzas que supo despertar Raúl Alfonsín, ni que la memoria de la dictadura —ya lejana— milite en favor de una democracia cada vez más distorsionada por los atropellos a la división de poderes. Sin embargo, la democracia continúa y resiste los embates de un régimen que mal se adecúa a las restricciones que la Constitución Nacional impone al ejercicio del poder.

Cuatro décadas en este país que conoce la inestabilidad política como rasgo distintivo del siglo xx, es un logro a destacar, como lo son la alternancia y que un gobierno de signo no peronista haya concluido su mandato, hecho que no ocurría desde 1928. Mirado en perspectiva, las esperanzas fueron cada vez más débiles y los desencantos más frustrantes, porque la secuela de los fracasos acumulados

arroja una sociedad fracturada, una economía rota y un futuro vivido como pura amenaza.

**ES:** El sistema político se ha reconfigurado en los últimos años, al punto tal que parece que el sistema de partidos ha entrado en un irreversible colapso. La propuesta de «reforma política» no prosperó. En muchos lados hay elecciones amañadas. De un sistema bipartidista, con alternancia política, que surgió en 1983, después del año 2003 se constituyó un sistema de coaliciones volátiles que se manifiesta hasta el presente, con fragmentación partidaria y desconfianza ciudadana. ¿Cómo se podría caracterizar el actual sistema político en el que vivimos con todos sus rasgos de opacidad?

**LDR:** ¿Estamos ante una reconfiguración del sistema político anclado en dos grandes coaliciones que neutralizaron la fragmentación del arco partidario y dieron muestras de contención del descontento? Las capas profundas de la sociedad argentina se están moviendo aunque en la superficie no se registren sismos. La emergencia de la ultraderecha encarnada en Javier Milei alteró la dinámica del sistema de partidos. El dilema Estado/Mercado recobró fuerza como en la década del 90. El viejo clivaje peronismo versus no peronismo se replantea en términos nuevos y reordena los alineamientos hacia el centro derecha y el centro izquierda del espectro partidario con la novedad de que la derecha hoy es una parte reconocida del sistema político: crece el número de entrevistados que se identifican con la derecha del espectro partidario en una sociedad en la que los partidos de la derecha se autodenominaban partidos de centro. Me atrevo a pensar que hay un realineamiento partidario *in nuce* aunque no sabemos cuál será el perfil que habrá de asumir. Los partidos tradicionales —el peronismo en sus sucesivas reencarnaciones y el radicalismo— sobrevivieron a la crisis de 2001. Primero el radicalismo maltrecho por la crisis y luego el peronismo que

vio peligrar sus bases de apoyo con la irrupción del PRO en Cambiemos. El surgimiento del PRO, un partido personal de origen vecinal, fue el primer paso en un intento de redefinición del clivaje peronismo/antiperonismo. Los intentos de ampliar la coalición opositora con el arco peronista no kirchnerista podrían reconfigurar el sistema de oposiciones.

Mirado desde la perspectiva regional, la singularidad del sistema político argentino no descansa solo en las casi ocho décadas de gravitación del peronismo. La continuidad del radicalismo y la formación de una coalición que viene resistiendo la fractura tras la derrota electoral han sido el marco de contención de las fuerzas centrifugas. Un escenario de peruanización no parece ser una alternativa cercana. El faccionalismo ha sido un rasgo saliente de la política argentina, pero no ha desembocado en la fragmentación. Mal unidos, los partidos resisten aunque solo sean maquinarias electorales activadas durante las elecciones y el peso de la política descansa en los candidatos. Vuelvo a insistir: la Argentina es estable en su inestabilidad.

**ES:** *Uno de los desafíos estructurales, de largo plazo, no resueltos por los diferentes gobiernos argentinos es el problema de la alta inflación. Este extenso período, sumado a los momentos de hiperinflación, y a la falta de legitimidad del peso ¿en qué medida pueden condicionar la estabilidad democrática? ¿Vivimos en una verdadera sociedad inflacionaria?*

**LDR:** El régimen de alta inflación viene de lejos, desde mediados de la década del 70 cuando comenzó a transformarse el perfil social de la Argentina. De haber sido una sociedad de movilidad social ascendente, se fue transformando en una sociedad fracturada entre los de arriba y los de abajo, con clases medias empobrecidas y cada vez más vulnerables y una creciente masa de pobres. En los



'70 la pobreza era de un dígito. La puja por la distribución del ingreso tuvo al sindicalismo como protagonista y se reactivó con el retorno de la democracia. Hoy, la presión del sindicalismo no tiene la fuerza que tuvo y las organizaciones piqueteras controlan la protesta social de los desocupados.

El crecimiento del gasto público con la multiplicación del empleo estatal, los subsidios y las prebendas, engrosan el déficit fiscal y alimentan la emisión monetaria. Sin crecimiento económico, ni moneda ni crédito, la inflación se torna endémica y crece sin que haya medidas que la frenen. Terminar con el régimen de alta inflación supone restablecer los equilibrios macroeconómicos y, por lo tanto, afectar intereses creados y derechos adquiridos que crecieron al calor del populismo económico. La larga tradición inflacionaria modela comportamientos y expectativas que redundan en la aceleración inflacionaria. Una espiral de la que no se regresa sin una política de estabilización cuyo costo no están dispuestos a pagar los actores sociales con capacidad de presión sobre una dirigencia que mal concilia apoyo electoral con políticas austeras. Podría decirse que esta es una sociedad acostumbrada a vivir con altas tasas de inflación, un aspecto más de la estabilidad de una sociedad habituada a la inestabilidad de los precios.

**ES:** *Hay un momento de quiebre entre una sociedad con ascenso social e inclusión y otra que inicia un período de declinación o decadencia hasta llegar a la actualidad. En medio del desorden político en el interior de las facciones de las dos principales coaliciones, el contraste con los que mandan es cada vez más evidente. Emerge una parte de la sociedad que se interroga y busca opciones más extremas, con una crisis económica que se acentúa, ¿no cree que la paciencia se puede agotar y renazcan situaciones de revueltas sociales?*

**LDR:** El riesgo político de estallidos sociales no puede darse por descontado. Es un riesgo claro en toda la región. Hay acontecimientos que actúan como parteaguas y a partir de los cuales ya nada es como era antes. Emile Durkeim, el sociólogo que describió las consecuencias de la revolución industrial en los comportamientos colectivos, definió esos acontecimientos como períodos de creatividad fruto de la efervescencia social que liberan. Los ciudadanos salen del estado de retracción en que cada cual defiende lo suyo para defender todos juntos sus derechos. Sin embargo, mientras haya diques de contención es poco probable que haya estallidos. Las elecciones canalizan tanto la bronca como la esperanza. La bronca, ya sea a través del voto nulo o blanco que en 2021 creció de manera alarmante, o bien, en el contexto político actual, a través de la oferta de ultraderecha —una novedad en el mapa político argentino— que propone romper todo lo que se supone está mal y esgrime como símbolo una motosierra.

La fatiga y la desesperanza es el clima dominante en los registros de opinión y se acompañan de resignación... No se avizoran signos de efervescencia social, pero puede haber sorpresas. La distancia entre una dirigencia enredada en sus disputas de facción y los ciudadanos, crece y puede crear situaciones en las que los ciudadanos estén dispuestos a resignar sus libertades en favor de una tierra prometida antes que salir de su estado de retracción... En todo caso, las protestas virtuales de los cibernautas son también una catarsis que aleja de las calles a muchos.

**ES:** *¿Cómo piensa la relación entre libertad e igualdad en una sociedad como la nuestra con 18 millones de pobres? Igualdad no es igualitarismo. Una sociedad asistida como la nuestra con planes y subsidios ¿se puede afirmar que esas asistencias*

*se encuadran en políticas públicas sociales y de asignación de recursos?*

**LDR:** Las democracias de América Latina no son «tocquevillianas», como decía Alain Rouquié; coexisten, imperfectas en su mayoría, con altos grados de desigualdad social. Como observaba Charles Tilly, el secreto de la democracia consiste en que el día de mañana todos tendrán su oportunidad... Hoy, el día de mañana es vivido como pura amenaza. Lo que cuenta es el puro presente en una población empobrecida. El contraste entre patrimonios de políticos y el resto de la ciudadanía es parte del creciente sentimiento antipolítico. Cabe preguntarse cuánta desigualdad tolera la democracia. La escandalosa cifra de la pobreza que registra la Argentina hoy, con casi la mitad de la población pobre, es el corolario de una política irresponsable que destruyó las fuentes de creación de trabajo genuino. El proteccionismo distribucionista en época de viento de cola y superávit fiscal fue sustituido por el asistencialismo que financia hoy a casi la mitad de la población a través de la emisión monetaria, una carga impositiva asfixiante y el recurso al crédito del FMI y del gobierno chino. ¿Hasta cuándo puede sostenerse una política de asistencias sin crecimiento de la economía ni viento de cola del mundo? Dos generaciones de padres e hijos sin estudio ni trabajo no tienen la memoria de la sociedad igualitaria en la que nadie es más que nadie, que supo ser la Argentina. La pobreza y la desigualdad crean los ciudadanos disponibles para el canto de las sirenas de los liderazgos populistas que conculcan sus libertades con la promesa de bienestar e hipotecan el futuro.

**ES:** *La gravedad de la crisis política en la Argentina pareciera no tener precedentes en estos 40 años. Los partidos políticos fueron instancias de mediación entre el Estado y la*

ciudadanía. La disolución o disgregación de estas herramientas abre las puertas a la ambición de los poderes personales, y proliferan liderazgos de ocasión. En estas circunstancias, la política se ha concentrado básicamente en la esfera del ejecutivo. Con este tipo de liderazgos, ¿no se corre el riesgo hacia una deriva autoritaria de nuevo tipo o el autoritarismo ya está presente en la democracia «tal como es»?

**LDR:** El riesgo de la deriva autoritaria siempre existe cuando las instituciones de la democracia son frágiles y el faccionalismo se impone a la política de los compromisos. Ya señalaba Tulio Halperín Donghi que el liberalismo se impuso a palos en esta sociedad; una sociedad que carece de una tradición liberal fuerte. No asombra entonces el peso de las variantes autoritarias y las recurrentes respuestas no liberales que afectan el Estado de derecho. Hoy convivimos con el autoritarismo de un gobierno que atropella las instituciones, pero encuentra diques de contención en la oposición, en la justicia y en una ciudadanía que lo castiga con el voto. Nuestra democracia fue categorizada como imperfecta y su debilidad no solo reside en las deficiencias de la gestión improvisada, ineficiente y opaca, sino y sobre todo en los desvíos del marco de la Constitución. Todo ello en un régimen federal en el que en la mayoría de las provincias no hay alternancia y sus gobernadores son mandamases que distribuyen premios y castigos para mantener lealtades con el botín del Estado. Un botín que alimenta los recursos de una coparticipación fiscal arbitrariamente manejada por el Poder Ejecutivo para asegurar el trueque de recursos e intereses. Cuánto puede degradarse la democracia, no lo sabemos... Las crisis son contextos fértiles para liderazgos que prometen el paraíso y degradan las libertades. Como nos muestra el mundo hoy, las democracias mueren de muerte lenta. La Hungría de

Orbán es un buen ejemplo de ese proceso corrosivo de los fundamentos de la democracia representativa liberal.

**ES:** El peronismo ha sido un protagonista político de 80 años en el escenario público, con sus diferentes versiones, populista, de acción violenta, de izquierda progresista, de derecha neoliberal, que sufrió su primera derrota electoral imprevista en 1983 frente al radicalismo. Ante el profundo malestar que genera el gobierno de Alberto Fernández, en el interior de una crisis intensa del hemisferio peronista, ¿hay que suponer una derrota de gran magnitud, pero esta vez esperada? ¿Cuál podría ser su significado principal?

**LDR:** La tendencia de las democracias de la región ha sido el voto castigo a los gobiernos de turno. Parece altamente probable la derrota del peronismo que aglomera a kirchneristas, massitas y otros peronistas. Sin embargo, las pujas dentro de la coalición opositora y la capacidad del peronismo de transformarse no permiten asegurar resultados. Tampoco el crecimiento en el plano nacional de la figura de Milei y su eventual —aunque poco probable— ingreso a una segunda vuelta con el resto de la oposición. Creo que hay un núcleo duro de las clases medias argentinas que es conservador y tenderá a respaldar con su voto a una oposición que se haga cargo de ordenar una economía desquiciada sin estridencias.